



(4+) vida rural

Óxido y olvido: viejas herramientas en Anguiano



TEXTO: Marcos García Díez
FOTOGRAFÍAS: Carlos Rosales y Marcos García



Quizá el texto que viene a continuación debería estar firmado por un “auténtico etnógrafo”. Pero gracias a mi formación en tecnología y a mi historia en la sierra riojana, me atrevo a escribir estas páginas de *Belezos* desde el prisma del hombre que, en lugar de lector curioso que no se expone, quiere compartir un tema que le hace vibrar: las herramientas antiguas, esas piezas que cuentan una historia singular, esa suerte de fósiles tecnológicos.

Empezaré, no obstante, por compartir mi vértigo, porque estas líneas serán publicadas junto a otros artículos de autores que tienen mi reconocimiento como etnógrafos, filólogos o historiadores, auténticos *recopiladores* de todo aquello que singulariza y, a la vez, hermana nuestra cultura riojana con otras.

Acepto el reto y escribo estas líneas desde mi atalaya en Anguiano, rodeado de toda suerte de herramientas manuales, que por mi profesión y por mi afición a la tecnología he llegado a *aplicar* (en palabras de mis abuelos) siendo a lo que me he dedicado. Son piezas e instrumentos de una posible colección infinita, testigos de una época en la que la lucha–convivencia con la naturaleza llegaba a las manos. Herramientas rudimentarias, con funciones básicas y hechas de materiales puros: madera y acero.

Todo empezó con una doble pregunta infantil: ¿qué es esto y para qué sirve? Poco a poco, fueron desfilando ante mí toda suerte de *cachivaches* de tosco diseño: descortezadores, zóquetes, barrenas, martillos de diferentes formas, yunques diversos, cuñas, etc. Estas herramientas se construyeron lejos de la técnica y la ergo-

nomía existentes en nuestros días, con aceros finamente aleados, industrialización frente al trabajo artesano que calculaba la temperatura del acero por el color del crisol y que templaba en el agua de ciertas fuentes que, *mágicamente*, daban más dureza (hoy sabemos que es por los minerales que el agua arrastra como, por ejemplo, las espadas de Toledo, endurecidas en el agua del Tajo); mangos de fibra antivibración frente a maderas de determinados árboles de la solana o la umbría en función de su destino, cortadas en el tempero para que no les entrara la polilla, herramientas asimétricas frente a formas perfectas, etc.; sabiduría adquirida en la secuencia histórica de miles de ensayos.

Evidentemente mi curiosidad inicial no era tan amplia, pero progresivamente se fueron incorporando nuevas preguntas, ¿de dónde se extrajo este hierro?, ¿cuántas manos han usado esto?, etc.

El hierro se extrajo de los grandes hoyos del término llamado *Las Minas*, situado en los montes existentes entre Anguiano y Valvanera, y se trabajó en la ferrería del propio monasterio, con carbón producido allí mismo, en los montes Distercios como los llamaba Gonzalo de Berceo, y luego se transportó barranco abajo a lomos de caballerías en los serones de fibra de cáñamo (y aún hoy se encuentran esparcidas por las laderas las escorias de la fundi-



Minas.

Estas herramientas se construyeron lejos de la técnica y la ergonomía existentes en nuestros días



ción). En el monasterio, frente a la fuente, se conserva todavía hoy el yunque de la fragua y en un almacén del interior, el fabuloso mazo del martillo pilón.

Si cae en vuestras manos una de esas herramientas rebuscando en el alto, en la cuadra de vuestros abuelos, en el pajar de la era donde trillaban la parva o en el corral donde cerraban a los animales, deteneos y observadla: veréis que transmite algo distinto, marcada por el desgaste del uso, las huellas del martillo y los pliegues

de donde fueron fraguadas con rudimentarios medios, las roturas por lo inapropiado del acero, los cortes de la navaja y esa pátina cálida en asas y mangos aportada por la fuerza del uso y el sudor de las manos que la manejaron.

Son herramientas que nos hablan de artesanos, labradores, ganaderos, profesionales todos ellos y depositarios de unos conocimientos que pasaban de oficiales a aprendices, de pastores a zagales, custodios de conocimientos en riesgo de perderse para siempre, arrastrados por



Maza de pilón.



la avalancha de nuevos útiles para las nuevas necesidades, instrumentos más funcionales y también más fríos.

Imposible conocer cuántas de estas herramientas han sido fundidas para fabricar otras nuevas. Junto a ellas han desaparecido también trabajos, penosos muchos de ellos, que probablemente no volverán y que quizá hoy en día no supiéramos resolver. Por ello, apelo a que no perdamos los valores que los acompañan así como el esfuerzo por salir adelante colectivamente: labrar a yunta, arreglar los caminos y quemar los montes a vereda, la colaboración vecinal y de niños y mayores en la siega, la trilla, la vendimia o la matanza, el dulero o el cabrero del pueblo, el trueque o el préstamo de herramientas.

Son las fuentes de donde nacen nuestra cultura y tradiciones. No renunciemos a ellas sustituyéndolas por sucedáneos de individualismo y autosuficiencia. Está en juego el legado que es tangible en esas herramientas, aperos, útiles domésticos, cántaros y cestas que nos trasladan a un pasado cercano en el que vivíamos peor pero éramos mejores.

Hemos pasado de convivir con la naturaleza a consumirla: esforcémonos para que nuestra herencia no sea un medio ambiente y una sociedad deteriorada

Hemos pasado de convivir con la naturaleza a consumirla: esforcémonos para que nuestra herencia no sea un medio ambiente y una sociedad deteriorada. Conservemos nuestra cultura presente para que no sea el pasado de los que nos sucedan en el futuro. Yo, por mi parte, conservaré también todas mis herramientas.

PARA SABER MÁS

T. K. DERRY y T. I. WILLIAMS, *Historia de la tecnología: desde la antigüedad hasta 1750*, Madrid, Siglo XXI, 1995.

M. REINA GÓMEZ, *Soldadura de los aceros, aplicaciones*, Madrid, Weld-Work, 2003.